

Módulo 109 es un precursor del lugar donde las almas condenadas y los demonios habitarán la eternidad. John notó que casi todos en el 109 tenían un apodo, pero que, lo más común, los hombres simplemente eran llamados “culiado” y “huevo”, nombres que todos parecían llevar con satisfacción. Los hombres vivían como animales, y John se percató de que en la escalera la basura se amontonaba casi un metro de alto mientras bajaba, aún húmeda por el agua de lluvia que había goteado durante la noche. Robar se consideraba algo loable, y la ley del pirata mandaba, aunque los machucados practicaban una suerte extraña de respeto y cooperación, llamándose “hermanos” mientras practicaban el gorrear mutuo y se drogaban con cocaína base, pastillas y marihuana principalmente. Poco después del encierro, los cordeles de correo se tiraban al pasillo (con billetes colgando en paquetes al final) y, como respuesta, se hacían pedidos audibles de “galletas” y “pasta de dientes” a los mozos, que luego enganchaban el pedido para devolverlo. Los habitantes de este infierno terrenal portaban muchos cuchillos afilados y puntiagudos hechos en la prisión y eran también ingratos por lo que John hacía por ellos. De hecho, incluso después de hacer algo bueno por sus compañeros, se enfurecían si no se respetaba la ley del pirata y su manera de hacer las cosas no era la privilegiada. John tuvo que enfrentar esta realidad con todos en su celda excepto Eugenio 1. En ningún momento en la cárcel hasta esa fecha temió más por su vida que el 16 de julio, salvo por la semana o dos tras el descubrimiento del tomo uno de *Bearing the Cross* (en español), que llevó a Carlos 1 (pedófilo), Aníbal 1 y (de manera indirecta) Chuncoco a amenazarlo. “No hay manera de reformar a estos hombres, tan orgullosos de ser ladrones y piratas cooperativos, pensándose héroes al estilo Robin Hood que solo atacan a los ricos y aseguradoras,” reflexionaba John. Se dio cuenta de que sus compañeros lo veían solo como otra víctima.

María llegó a la visita con dos sacos de encomienda de John y le ayudó a separar la comida en los recipientes plásticos—los que aún no habían sido robados por los machucados en su celda o los demás en el pasillo mugriento. John estaba tan fuera de forma que cargar dos sillas plásticas, algo de loza en una caja lechera, un mantel, sábanas y la mayoría de sus libros de estudio bíblico e italiano para devolverle a Pamela le hizo detenerse tres veces en el trayecto de tres cuartos de kilómetro al gimnasio donde era la visita. El kiosko estaba cerrado, así que John no pudo comprar bebidas ni chocolate como solía hacer para María. Aun así, Alejandro 3 (ex-policía) cumplió su promesa de pasar con tres jugos de naranja, una botella de agua y un estante pequeño que John había dejado en el 118. Así que, al menos, John y María pudieron beber algo. Lamentablemente, Alejandro 4 no pudo saber el destino de traslado de John; preguntó a José 2 (católico), mozo del área de estadísticas, pero no sabía. Al volver al 109, el compañero de celda José 6 resultó ser un verdadero comunista y amante de la protesta, rechazando a John por creerlo inocente, incluso tras escuchar los hechos sobre lo ocurrido en Reñaca el 10 de noviembre de 2019 y ver el video de La Firme en YouTube. Tenía opinión sobre todo y no quería oír a nadie salvo sí mismo y los noticiarios chilenos. Parecía estar de acuerdo con la crítica de John a las vacunas Covid-19, pero luego se subió al púlpito sobre la violencia armada en Estados Unidos. No le importaba que John hubiera vivido legalmente armado con una pistola allá, ni que hubiera viajado a setenta países; la opinión de John no valía porque José 6 había visto un reportaje. No quería oír nada de John. Cuando John mencionó que Chile era un país con muchos monos disfrazados de hombres, José 6 lo ridiculizó delante de los demás. Decir que el machucado era sabio a sus propios ojos era poco. También confesó ser canero, habiendo cumplido decenas de cortas condenas por robo y sin desconocer la violencia de armas de fuego en reacción a los disparos hacia él—a diferencia de John, que “mal” disparó contra manifestantes armados con botellas, palos y piedras. José 6 estuvo tantas veces preso que no tiene derecho a beneficios de libertad anticipada. “Tengo otra cultura y opinión distinta a la tuya,” dijo a John. El Gringo no podía estar más de acuerdo. Entonces Michael 5 intervino diciendo que John era fome para convivir. Sorprendía el comentario pues John acababa de compartir el 70% de su pizza Papa John’s con sus compañeros y otro machucado del lado, además de la carne, arroz y papas fritas la noche anterior. El problema era que John había organizado la comida para que hubiera también el domingo y lunes, guardándola bajo la cama junto con bebidas embotelladas. Para los piratas, eso era malo, a José 6 le preocupaba que la comida se echara a perder. Michael 5 dijo que si John estuviese en otra celda, pagaría caro su actitud—anotando que el 109 no era el 118. En definitiva, odiaba a John por ser organizado y planificar. La generosidad de John se disipaba si se repartía durante varios días, lo cual reflejaba la actitud de solo vivir el presente. “Probablemente los caneros no invierten en fondos mutuos ni compran seguros de vida entera,” pensó John.

El Gringo sintió que podrían hacerle algo, lo que preocupó a Pamela, Álvaro, Valentín, Criss, Cecilia, David, Matthew, Iván, Bob y otros, pero John confiaba en la Providencia divina. Rogó a sus compañeros no comerse su preciada lata de frijoles refritos, ni usar la salsa barbacoa o lo que quisieran en el momento, ya que planeaba cocinarles y usar esos ingredientes para buena comida. Los machucados quedaron perplejos. Pero unas horas después, clamaban para que preparara sus famosos sándwiches americanos, y el ambiente

mejoró algo. Sin embargo, Michael 5 también pidió a John que pusiera más dinero para sostener los vicios de la celda, como cigarrillos, drogas y su mate, a lo que John se negó diciendo que no apoyaba vicios ajenos, lo que generó una pequeña discusión. John recordó que en Estados Unidos también había millones de gente tonta, pero pensaba que si hubiera tantos como sus compañeros en Chile, no habría esperanza salvo guerra civil o intervención militar que exterminara a muchos de ellos. Su cosmovisión antipropiedad y caótica era simplemente escandalosa, ignorante y sin redención; jamás podría formar una sociedad civilizada. Su ideología, estilo y valores eran, simplemente, los peldaños que descendían al infierno terrenal, la miseria, la pobreza y la muerte. Por fortuna, luego de comer los sándwiches insuperables de John, que elogiaron por diez minutos como mejores que los de restaurante, se animaron y estaban dichosos como almejas. Eugenio 1 y Oso 1 (Rogelio 1) yacían juntos leyendo *Bearing the Cross* (español), y Eugenio 1 leía en voz alta a otros, calmando más los temores. Dios había respondido las oraciones. John estaba a salvo por el momento.

Los machucados mantenían luces navideñas titilando en la ventana toda la noche, quizás para ocultar el resplandor del celular. Durante el encierro, John solo salía de su litera incómoda para ir al baño, cocinar para el grupo o tratar de asearse. Si no, yacía como cadáver de gusanos en su cripta infernal, observando con ojos opacos cómo los monos fumaban freebase y cigarrillos al ritmo de Michael Jackson a todo volumen y otros éxitos radiales. Para más “entretenimiento”, Oso 1 (Rogelio 1) agarraba las piernas de Michael 5 para simular sexo en seco y exhibiendo deseos sexuales reprimidos. Admitieron también al traficante Francisco 3 (36) el 17 de julio, quien arregló su litera en alto y amontonó los bolsos de John en su rincón sobre el bolso negro. Francisco 3 había estado solo y sin luz en la celda de al lado y el canero fue invitado a mudarse. (Los piratas sabían la importancia de la socialización en la cárcel.) Ahora la celda estaba más atiborrada y la comida de John se agotaría más rápido, incluso el excelente burrito con puré de palta, ajo y cebolla que hizo para cada machucado. Aun así, no era el mejor ambiente para el culto bautista histórico del domingo por la noche ni para que John enseñara. Con el ruido, las voces y el humo de base y tabaco, John oía poco y los congregantes casi no escuchaban. Al menos, los pentecostales habían venido antes, y John asistió para oír la predicación arminiana del hermano Francisco y cantar con ellos. Después charló con el Pastor Raúl, quien al principio pensó que John estaba buscando a Cristo, hasta que supo que era veterano, y John le contó de su ministerio en el 118 y el discipulado de Leonardo 1. Raúl despidió a John con una oración, creyendo que Dios tenía un propósito especial al enviarlo a prisión, y miró el *Bearing the Cross* (español), tomo uno, llevando el contacto de John. Después, John comenzó su libro número 64, *Camino de Servidumbre* (1944) de Friedrich Hayek. Solo deseaba poder estirarse en la cama para leer o dormir; si dormitaba más de unos meses en ese catre, quedaría lisiado. Al menos, el estante sobre el hoyo que había instalado Oso 1 servía para poner la cubeta de ducha de John, de agua tibia, permitiéndole asearse sin tocar el hoyo desagradable. Lavó la ropa y se la pasó al evangélico Jorge 4, que le ayudó a cargar el saco de encomienda. Luego del culto bautista, los machucados se calmaron y aquietaron conforme el efecto de las drogas consumidas hacía su efecto. Había sido un día agotador, y John se sobrellevó físicamente usando más gotas para los ojos de lo prescrito, y espiritualmente intentando orar y cantar en medio de la confusión zoológica en que vivía.